

te, cuando llegaron los nuevos convoyes de artillería, el esfuerzo de los sitiadores se dirigió á la vez sobre aquellos dos puntos: los avances progresivos se realizaron al principio con bastante fortuna, conquistándose algunas isletas de casas y penetrando nuestros soldados bastante adentro de la ciudad. El general en jefe esperaba además que una porción de nuestras tropas, procedente del Oeste y metiéndose en el centro de la población, podría atacar de flanco el fuerte Carmen, mientras al Sur el resto se acercaría á él por la llanura; de esta suerte, la mayor parte de la ciudad caería en nuestras manos.

Sin embargo, para lograr este resultado era preciso apoderarse del convento de Santa Inés. En ningún sitio había acumulado el enemigo más formidables medios de defensa que en aquel edificio protegido primero por un muro de cerca, después por una fuerte verja de hierro y, finalmente, por cuatro atrincheramientos consolidados con los materiales de las construcciones vecinas; aparte de esto, todos los espacios libres estaban obstruidos por estacadas y redes. Por la parte de atrás alzabase el convento propiamente dicho con sus murallas y sus azoteas ocupadas por tiradores; y en una de las alas habíase instalado un cañón que flanqueaba los atrincheramientos. El general en jefe ordenó el ataque para el 25 de abril: después de haber destruído por medio de un barreno el muro de cerca, á las seis de la mañana nuestra artillería rompió el fuego, tratando de destruir durante tres horas las obras de fortificación, y á las nueve y media se dió la orden de asalto, á pesar de no haber sufrido las defensas interiores daños de importancia. A la señal de ataque ocho compañías del primero de zuavos divididas en dos columnas se lanzaron contra el convento, demostrando una sangre fría, un valor y una agilidad insuperables; pero los mexicanos, emboscados detrás de las aspilleras ó en las azoteas, concentraron sus tiros en el estrecho espacio en que habían de desembocar los asaltantes, que tropezando con piquetes, estacadas y cuerdas, hubieron de moderar su marcha mientras el enemigo causaba cada vez más bajas en sus filas. Muy pocos consiguieron franquear la verja, que apenas había sido alcanzada por el fuego de la artillería; algunos, sin embargo, lograron vencer todos los obstáculos y llegando á los atrincheramientos, avanzaron hasta los muros del edificio, pero la mayor parte de ellos pagaron con la vida su audacia, ó perdidos en el dédalo de las construcciones, cayeron en manos del enemigo. Cuando se dió la orden de retirada aquellos valientes quedaban reducidos á un puñado de hombres que regresaron á sus líneas en medio de la admiración de sus compañeros y de los homenajes de los mismos adversarios. «Los zuavos se han batido como leones,» decía en su parte el general Ortega.

Aquel momento fué el más crítico del sitio. Los soldados, aunque fuertes y valientes, comenzaban á mirar con recelo aquella guerra de calles, aquella lucha traidora con un enemigo invisible al que no había modo de ver ni de castigar; muchos oficiales murmuraban casi en alta voz contra la política ciega ó culpable que, sin ningún interés nacional, sacrificaba una sangre tan preciosa; y el general en jefe se dejaba ver poco, trataba de infundir esperanzas por medio de alocuciones, de las que se mostraba muy pródigo, y se impacientaba contra

Puebla, «Puebla la arrogante,» como la denominaba. Dícese que, bajo la influencia de las desilusiones, llegó á expresarse respecto del Sr. de Saligny en términos bastante severos, como lo había hecho Lorencez después de la derrota del 5 de mayo (1). Como sucede siempre que la suerte se presenta dudosa, el ejército deseaba vagamente un nuevo jefe, fijándose en los lugartenientes de Forey, especialmente en Bazaine, cuya habilidad, experiencia y fecundidad de recursos eran objeto de generales alabanzas. Sin embargo, en medio de aquella enervante espera una preocupación dominaba: ¿qué pensarían en París?, ¿qué diría el emperador? En París, y sobre todo en las Tullerías, aun subsistían todas las ilusiones y de ello se tuvo la prueba en aquel mismo tiempo: el día de la derrota de Santa Inés, mientras los soldados heridos pasaban por delante de los vivaques, llegó al cuartel general un despacho enviado, según se afirma, por el propio Napoleón, en el que el soberano anunciaba al comandante en jefe una buena, una excelente noticia, una cosa que sabía de buen origen por el ministro de los Estados Unidos; esta cosa que daba como cierta era que no encontraríamos ninguna resistencia en Puebla ni en México.

¿Cuál habría sido el resultado final del sitio si hubiese sido preciso conquistar las *cuadras* una por una? Indudablemente Puebla habría sucumbido; pero á costa del ejército, agotado por sus propios esfuerzos y tan arruinado como la ciudad misma. Por fortuna el resultado de todas nuestras operaciones exteriores permitía esperar un desenlace menos sangriento: todos los combates que se habían librado contra el ejército de socorro habían sido otras tantas victorias; tal había sucedido en Cholula y más recientemente en Atlixco. El principal cuidado de Comonfort era restablecer sus comunicaciones con la plaza, introducir en ella municiones y víveres; si lo conseguía, la resistencia de Puebla podría ser indefinida; pero si fracasaba en su empeño, si era rechazado, aquélla sufriría la suerte de las ciudades asediadas. De manera que una ventaja decisiva en campo raso había de compensar todo lo que hasta entonces habían tenido nuestros ataques de incompletos ó de indecisos.

La fortuna de la guerra nos reservó esta gran felicidad. Desde hacía muchos días, Comonfort tanteaba nuestras líneas con el visible propósito de forzar el asedio: el 5 de mayo fué rechazado cerca de Pablo del Monte, y el 6 vióse obligado nuevamente á retroceder, retirándose entonces á diez kilómetros al Norte de la plaza, á un sitio llamado San Lorenzo, en donde se fortificó. Bazaine, que había recibido la orden de desalojarlo de aquella posición, combinó un vigoroso movimiento ofensivo que había de alejar para siempre á aquel importuno adversario: reunió, al efecto, cuatro batallones de infantería, dos escuadrones de cazadores, algunos auxiliares indígenas y un contingente bastante importante de artillería, y á la una de la madrugada del 8 de mayo salió de su vivaque, anduvo toda la noche, y á pesar de la importancia de su columna supo disimular tan bien su marcha, que llegó á dos kilómetros de San Lorenzo sin que su presencia hubiese sido advertida por el enemigo. Al despuntar el día, empeñóse la

(1) Véase *Mémoires du général du Barail*, pág. 149.

acción; el enemigo tenía la doble ventaja de una gran superioridad numérica y de una posición muy á propósito para la defensa; pero el vigor del ataque desconcertó la resistencia, y después de un combate bastante corto aunque muy reñido, los mexicanos se dispersaron dejando en el campo seis ó setecientos muertos y heridos y en nuestras manos mil prisioneros. «Fué una hermosa pequeña batalla,» ha escrito uno de los actores de la jornada (1): hermosa fué, en efecto, para los victoriosos, entusiasmados con su triunfo; y lo fué sobre todo para Bazaine, á quien el ejército proclamó no sólo oficial distinguido, sino además verdadero hombre de guerra, y saludó desde entonces como á su futuro jefe.

El gran resultado del combate de San Lorenzo fué descorazonar á los defensores de Puebla. El desenlace se precipitó cuando los más optimistas lo creían todavía lejano, pues, apartado Comonfort, era evidente que la plaza no podría avituallarse. En los siguientes días se continuaron los trabajos de aproche al Sur de la ciudad con una actividad de muy mal augurio para los sitiados; después, la artillería rompió el fuego y causó tales destrozos en las obras de defensa, que antes de poco había de ser posible el asalto. Ortega, que había hecho más de lo que el honor exigía, no creyó que su patriotismo le obligara á hacer sacrificios que eran ya del todo inútiles; por esto pidió secretamente al general Forey primero un armisticio y luego el derecho para la guarnición de retirarse con armas y bagajes hacia México, y habiéndole sido denegadas ambas peticiones, resignóse á entregar la plaza. Durante la noche del 16 al 17 de mayo hizo destruir las armas, clavar los cañones y destruir la pólvora y á la madrugada un mensajero de la ciudad fué al campo francés á anunciar el término de la resistencia. Para dar mayor carácter á su resolución, Ortega invocaba la escasez de víveres (lo cual era exacto) y la falta de municiones (lo que no era cierto del todo), y con altivez no exenta de grandeza añadía: «No puedo defenderme más tiempo: de lo contrario, no puede dudar Vuestra Excelencia de que lo habría hecho.»

Así se rindió, después de sesenta y un días de sitio, la Puebla de los Angeles: el 19 de mayo Forey entró en la ciudad, y la catedral, poco antes dispuesta para las necesidades de la defensa, se engalanó para celebrar la victoria; pero hasta en aquella hora de triunfo la alegría apareció turbada por la tristeza. Caminaban los nuestros por entre las ruinas, y en aquella tierra que debíamos regenerar, lo único cierto que hasta entonces había era la tenaz resistencia de nuestros adversarios y la magnitud de nuestros propios sacrificios. Más de 1.100 oficiales y soldados, unos muertos, otros heridos, habían pagado con su sangre la posesión de aquellas murallas. Y por brillante que fuera nuestro triunfo, ciertos incidentes, ciertas señales indicaban la fragilidad de nuestra conquista. El mismo día en que se rindió Puebla súpose que el 1.º de mayo, en Camarón, aldea situada en el límite de las *tierras calientes*, una compañía de la legión extranjera, mandada por el capitán Danjou, había sido atacada por 1.500 ó 1.800 mexicanos: de los 65 hombres de que aquélla se componía 43 habían sido muertos ó heridos, y los demás, después de una re-

(1) Carta del teniente coronel Margueritte, 10 de mayo (*Vie du général Margueritte*, por el general Philebert, pág. 288).

sistencia heroica, habían caído prisioneros, excepto uno que había podido escaparse y llevar la noticia de la catástrofe. ¡Cuán precaria era, pues, nuestra instalación en Puebla estando como estaba infestado de enemigos el camino hacia el mar! Con estas impresiones un tanto sombrías establecióse Forey en aquella plaza; una vez en ella inventarió el material de guerra que allí encontrara, reorganizó las administraciones locales y dió varios decretos de carácter militar y político. Desde el primer momento, sin embargo, la principal preocupación fueron la custodia y el trato de los prisioneros. Un gran número de defensores de la ciudad habían logrado evadirse en cuanto se les hubo licenciado y antes de que nuestros soldados ocupasen las puertas; á los demás soldados se les dividió en dos grupos, siendo unos empleados en la destrucción de las barricadas é incorporados los otros á los batallones de Marquez, donde acecharon, naturalmente, la primera ocasión para desertar. En cuanto á los generales y oficiales, decidióse enviarlos á Francia; pero como no se les hizo contraer compromiso alguno y como además la vigilancia fué bastante deficiente, los más de ellos se escaparon antes de llegar á Veracruz y volvieron á ingresar en las filas mexicanas.

XI

Al saber la rendición de Puebla, Juárez comenzó por afirmar su voluntad de defender México, que fué puesta en estado de sitio: un decreto ordenó la expulsión de todos los franceses válidos y una proclama redactada en términos muy enfáticos exhortó á la lucha contra el invasor; pero ante la realidad desvaneciése todo aquel aparato bélico, que acaso en el fondo no era sino una apariencia para disimular una retirada de antemano resuelta. El sitio de Puebla había consumido todos los recursos de la República; ningún nuevo esfuerzo podía esperarse del ejército ni de la nación, y el mismo presidente, magistrado civil y no jefe militar, era más propio para encarnar la resistencia pasiva que para dominar los supremos peligros de la guerra. Cuando se aproximaron los franceses, Juárez hizo sus preparativos de marcha con resignación obstinada y tranquila; y como su preocupación principal era que su retirada no pudiera tomarse por una abdicación, en 31 de mayo cerró la legislatura del Congreso, y llevándose consigo á sus ministros y á sus principales consejeros, los documentos del Estado y las cajas públicas, salió de la ciudad por el camino del Norte y se encaminó á San Luis de Potosí. Aquel día comenzó el éxodo de aquel gobierno singular, siempre fugitivo y nunca prisionero, siempre moribundo y jamás abatido.

En adelante nada había de detener á los invasores: el 1.º de junio la división Bazaine atravesó la cadena de montañas que separa la cuenca de Puebla de la de México; el 2 instaló su vivaque en Buena Vista, desde donde se veía el alto valle en que está asentada la capital con sus lagos, sus aldeas y sus plantaciones, y poco después distinguióse, aunque á lo lejos, la ciudad misma con sus cúpulas y sus campanarios. El 7 Bazaine ocupó México y el 10 hizo solemnemente su entrada en ella Forey.

Aquel día, por fin, pudo parecer verdad lo que desde

hacía tanto tiempo anunciaba el Sr. de Saligny. Nada hay tan contagioso como la victoria, y la nuestra, bien que lenta y sombreada en otro tiempo por una derrota, era demasiado decisiva para no impresionar los espíritus. No era una ilusión creer en la existencia de un partido reaccionario, hasta monárquico; pero sí lo era creer que aquel partido podría abrirnos el camino, desarrollarse fuera del radio de nuestra tutela ó sobrevivir á nuestra ocupación. Juárez, al evacuar la capital, la había dejado en situación de que la tomara quien quisiera, y no tenía, por ende, más remedio que entregarse á nosotros ó á las facciones. Todas estas causas contribuyeron á crear en torno nuestro una corriente de adhesión muy viva y muy sincera, aunque pasajera, y el comandante en jefe francés entró en la ciudad entre salvas de artillería y repiques de campanas, manifestaciones oficiales á las que se añadieron los arcos de triunfo, los ramos, las aclamaciones, en una palabra, las acostumbradas expresiones del público regocijo. Dando al olvido las sangrientas escenas de Puebla que los mismos mexicanos parecían haber olvidado, pudimos creer, sin demasiada vanagloria, no sólo vencedores, sino además huéspedes deseados. En los días siguientes continuaron los regocijos; la octava del Corpus dió pretexto para una de esas procesiones solemnes á que tan aficionados son los pueblos de raza española, y después hubo los banquetes, los bailes y las fiestas de toda clase, obsequios cuya organización corrió á cargo del partido reaccionario. Las masas, por su parte, no se cansaban de admirar el orden perfecto del ejército francés, se extasiaban contemplando los uniformes, recordaban las angustias de las recientes guerras civiles, y medio arrastradas, medio deslumbradas, se entregaban con un principio de confianza á la esperanza de mejores días. Forey disfrutaba de su triunfo con una alegría ingenua y una vanidad no bastante disimulada, lo que hacía que sus oficiales dijeran en voz baja que «se creía ser realmente un Hernán Cortés.» «Acabo de entrar en México, escribía el general al emperador... Toda la población de esta capital ha acogido al ejército con entusiasmo rayano en delirio; los soldados de Francia han sido materialmente aplastados por las coronas y los ramos, y sólo puede dar idea de semejante triunfo el regreso de las tropas á París, después de la campaña de Italia.» Todos los epítetos laudatorios de la lengua francesa fueron puestos á contribución para describir la muchedumbre, que era «inmensa;» nuestros regimientos, que eran «admirables;» la catedral, que era «magnífica.» Forey, saliendo fiador de la nación mexicana, le daba una patente de sensatez: estaba, según decía, «ávida de orden, de justicia y de verdadera libertad;» y «todo esto, añadía, se lo he prometido en nombre del emperador.» Finalmente, embriagado por sus propias palabras y deseoso de resumir en uno solo sus pensamientos, manifestaba lisa y llanamente que «la recepción no tenía igual en la historia (1).»

Forey pensó que había llegado la hora de dar un gobierno á esa población «ávida de orden:» hasta entonces el único ensayo de organización había sido el *plan de Córdoba*, y ya era tiempo de crear algo más sólido. Pero las dificultades que al llegar á este punto se pre-

(1) Véase *Monitor* del 19 de julio de 1863.

sentaban eran grandes, pues las instrucciones que tenía le ordenaban consultar á la nación mexicana, y era el caso que Juárez, desterrado de la capital, detentaba todavía la mayor parte de las provincias, lo cual había de hacer imposible todo llamamiento al sufragio universal, excepto en los muy contados territorios que nuestras tropas ocupaban. Mas, á falta de plebiscito, las autoridades francesas concibieron la siguiente combinación: escogióse á treinta y cinco ciudadanos mexicanos para formar una junta, la cual designó un poder ejecutivo compuesto de tres miembros, que fueron Almonte, Monseñor Labastida, obispo de México, y el general Salas, personaje muy poco conocido y destinado á desempeñar el papel de sacrificado que se encuentra en el fondo de todos los triunviratos. Después de haber constituido esta especie de gobierno, los miembros de la junta se asociaron á doscientos quince colegas, formándose de esta suerte una asamblea de doscientos cincuenta notables que se erigió en asamblea constituyente, la cual, en 10 de julio, proclamó el restablecimiento de la monarquía, decidió ofrecer la corona al archiduque Maximiliano y añadió que, en caso de negativa por parte de este príncipe, se dejaría al arbitrio de Napoleón III la designación de soberano. Por mucho que fuera el mérito intrínseco de la resolución, era difícil encontrar en ella la manifestación, siquiera incompleta ó indirecta, de la voluntad popular, de modo que, aparte de la garantía de la prudencia y de la probidad francesa, aquel nuevo pronunciamiento se parecía mucho á los que en otro tiempo se habían presenciado; pero Forey se contentó con aquella apariencia, y acaso era esto lo mejor que podía hacer entonces. Publicóse el decreto, el gobierno provisional tomó el nombre de Regencia del Imperio, y reprodujéronse los regocijos, como si México hubiese llegado al término de todos sus males.

¿Habrá ido Forey demasiado lejos proclamando la monarquía? ¿Se había anticipado á las intenciones del emperador, ó había ido más allá de lo que éste quería? Una de las muchas contrariedades de la empresa mexicana fué la lentitud de las comunicaciones que hizo que raras veces las órdenes del soberano se adaptaran á la realidad de las cosas: las instrucciones enviadas desde París habían dejado de ser oportunas cuando llegaban á México, y los informes desde México expedidos habían dejado de ser ciertos cuando llegaban á París; de aquí un continuo quidproquo que pesó sobre toda la expedición. Mientras Forey, embriagado por su triunfo, llegaba hasta el límite extremo de sus instrucciones y creía con esto consolidar su favor, en París, en los consejos del emperador, manifestábase algunos signos de disgusto y casi de arrepentimiento. Durante todo el invierno de 1862 á 1863 habíase esperado el desenlace y cada correo había sido una decepción; y, últimamente, la tenaz resistencia de Puebla había provocado un asombro penoso. ¿En dónde estaba, pues, el partido monárquico? Los obstáculos que se encontraban delante de Puebla ¿no se encontrarían también delante de México? Los ministros de Napoleón, bastante hostiles, en general, á la empresa, no habían dejado de explotar estas equivocaciones; uno de los más ardientes partidarios de limitar la expedición era el ministro de la Guerra, el cual, desde el 3 de junio y bajo la impresión de las no-

ticias poco favorables recibidas de Puebla, exhortaba al emperador para que evitara una tercera campaña, juzgaba difícil dar mayor desarrollo á las operaciones activas y proponía discretamente el envío á México de un edecán encargado de verlo todo y de informar sobre cuanto viera: «Hasta el presente, añadía con ligero acento de censura y de contrariedad, más veces he tenido yo que prever lo que podía hacer falta á ese cuerpo expedicionario, que he sido avisado en tiempo oportuno de lo que pudiera faltarle (1).»

Dos días después, el 5 de junio, un despacho del señor Drouyn de Lhuys al general Forey rechazaba toda idea de comprometimiento con el gobierno de Juárez, pero después de haber formulado con bastante altivez esta reserva, añadía en términos que contrastaban con el duro lenguaje hasta entonces empleado por el señor de Saligny y aprobado por el emperador: «No opondríamos ninguna objeción á entrar en relaciones con un poder nuevo, si éste contara con el asentimiento del país y estuviera dispuesto á tratar sobre la base de las indemnizaciones y de las garantías de interés general que tenemos derecho á reivindicar. No queremos añadir á nuestras peticiones anteriores la estipulación de ninguna ventaja, salvo los gastos de la guerra que la magnitud de nuestros sacrificios nos obliga á reclamar.» ¿Cuál sería el depositario de aquel poder nuevo? Sobre este punto, el ministro procuraba poner de relieve su espíritu de tolerancia: «Una sociedad, decía, cuyos males proceden principalmente de sus divisiones necesitaría tener al frente un hombre capaz de conciliar á los partidos opuestos... Nuestro deseo, pues, sería que el hombre con quien tratarais de poner en contacto fuese lo más apto posible para emprender esta obra de conciliación y hubiese recibido previamente de la nación misma, en una forma cualquiera, aunque fuese provisional, poderes para tratar con vos... Podría darse el caso, seguía diciendo el Sr. Drouyn de Lhuys aumentando sus concesiones, que fuera preciso buscarlo entre los mismos jefes que, engañados por su patriotismo, creen servir la causa nacional haciendo armas contra nosotros. No debéis negaros á sondear sus disposiciones porque actualmente figure entre las filas de nuestros adversarios; pues nuestra política ha sido desde un principio dirigir un llamamiento á todos aquellos cuyo concurso pudiera sernos útil y esta misma debe guiarlos en las negociaciones cuya iniciativa os parezca oportuno tomar.» ¡Cuán opuestas estas palabras al lenguaje de los emigrados mexicanos! El despacho era notable por todo lo que en él se afirmaba, pero aún lo era más por lo que omitía, ya que en él no se hablaba una palabra de la monarquía ni del archiduque Maximiliano.

Esa importante comunicación llegó á México en el momento en que Forey acababa de convocar la asamblea de los notables que había proclamado, por lo menos en principio, la monarquía. Júzguese, pues, del sobresalto del general: había comprometido á fondo la política imperial, y ahora resultaba que esta política de amplias aspiraciones parecía no tener otra preocupación que cortarse las alas. ¿Había sido un intérprete poco perspicaz, torpe ó infiel? Una esperanza quedábale, sin embargo, al general en jefe y era la de que cuando se

supiera en París la noticia, todavía ignorada allí, de la entrada en México, se fortalecería en las esferas oficiales la confianza que se hallaba un tanto quebrantada.

A juzgar por los documentos que poseemos, la impresión de duda engendrada por la duración de la guerra y por la tenaz resistencia de Puebla no se disipó ni siquiera cuando se supo el triunfo decisivo que nos había llevado á la capital. «Al paso que van las cosas, escribía el mariscal Randón, nos vamos á ver obligados á hacer ocupar casi todos los puntos importantes.» Y añadía con desaliento: «Cabe preguntarse hasta cuándo nos veremos precisados á enviar nuevas tropas á México (2).» Al mismo tiempo una medida muy significativa patentizó aún más la repugnancia del gobierno imperial á comprometerse de un modo irremisible: el hombre en quien se encarnaba la intervención; el hombre á quien se atribuía la convocación de la asamblea de los notables y la proclamación imprudente ó prematura del régimen monárquico, el Sr. de Saligny, fué relevado de su cargo y llamado á Francia, y lo fué de una manera dura, como si se tratara, no de un diplomático á quien se quiere honrar, sino de un servidor á quien se despidió. En vista de que el Sr. de Saligny retrasaba su salida de México, en donde le retenían diversos intereses, se le enviaron repetidos despachos intimándole que apresurara su regreso: el último de estos despachos, dirigido por el mariscal Randón al comandante en jefe, está redactado en términos conminatorios que verdaderamente sorprenden: «El ministro de Negocios extranjeros ha enviado tres distintas veces al Sr. de Saligny la orden de regresar á Francia sin esperar siquiera la llegada de su sucesor, el Sr. de Montholon. Tengo encargo de participaros que la intención formal del emperador es que la orden concerniente al Sr. de Saligny sea ejecutada al recibo de esta carta, en caso de que aquél estuviese todavía en México.» Y añadía el mariscal como postdata: «Aunque el Sr. de Saligny dimita, habrá de salir de México sin dilación alguna (3).» De tal modo era tratado el hombre á quien el emperador ponía en otro tiempo por modelo á todos sus agentes y que había sido el Mentor de Jurién de la Graviere, de Lorencez y del mismo Forey. El rigor de aquel lenguaje es tanto, que podría verse en él, no sólo una desautorización política, sino además el castigo de alguna intriga, de alguna falta hasta el presente ignorada. Por ruidosa que fuese la desgracia, el arrepentimiento era tardío y de todos modos fué pasajero. Fácil era deshacerse del Sr. de Saligny; pero lo sería menos desprenderse de la temeraria política por él inaugurada. El castigo que ciertas imprudencias iniciales entrañan es impedir que en lo futuro impere de nuevo la prudencia: el punto de partida de nuestra empresa era un error fundamental sobre el estado de México, sobre sus recursos y sobre las fuerzas respectivas de los partidos que allí reinaban; toda la conducta ulterior había de resentirse de este criterio equivocado, y aun retirando al Sr. de Saligny el valimiento de que disfrutaba, se había de retener involuntariamente una buena parte de las informaciones á él debidas. Por una singular fatalidad, los agentes del emperador acababan de compro-

(1) Véase *Mémoires du maréchal Randon*, tomo II, pág. 82.
TOMO XI

(2) Véase *Mémoires du maréchal Randon*, tomo II, pág. 85.
(3) *Mémoires du maréchal Randon*, tomo II, págs. 85-86.

meter casi irrevocablemente á Francia, precisamente cuando el soberano, iluminado por la primera claridad de los sucesos, trataba quizás de moderar su marcha, de limitar sus sacrificios, de encontrar un punto de parada para su política. Todo el resto de la expedición reflejará la misma incoherencia: en París y en México aparecerá la verdad, pero incompleta, en fragmentos, alterada inmediatamente por todos los errores primitivos que sólo de un modo imperfecto habrán sido abandonados, y no se desvanecerá la última ilusión hasta tanto que no esté cerrado todo camino de retirada honrosa.

Forey no debía presenciar el desarrollo de la empresa mexicana y el grave despacho que acabamos de citar fué abierto por su sucesor; en efecto, á mediados de agosto el correo de Francia le había llevado á la vez una gran alegría y una tremenda decepción: la alegría era su ascenso á la dignidad de mariscal; la decepción era el término de su mando, puesto que se le invitaba á entregar la autoridad suprema al general Bazaine. En medio de los testimonios de la satisfacción oficial, en medio del brillo de la más alta distinción, pudo el nuevo general entrever una discreta censura y experimentó la sensación de haber caído en desgracia. En el fondo, el gobierno le reprochaba sus lentitudes delante de Puebla y lo caro que había pagado su triunfo, y al recompensar su victoria se ponía en duda su habilidad. Desde el punto de vista político, criticábanse muchos de sus decretos, inficionados, según decían, de espíritu reaccionario y más dignos de un conquistador que de un libertador. Forey, como Saligny, resistióse de pronto á partir, esperó una contraorden y aún permaneció algún tiempo entre las tropas, complaciéndose en el aparato fastuoso de un fundador de imperio; pero al fin, en virtud de nuevos despachos, salió de México el 1.º de octubre de 1863 y el 21 se embarcó en Veracruz.

Los hombres se gastaban de prisa en aquel país ardiente de México: á Jurién de la Graviere desautorizado, había sucedido Lorencez; á Lorencez caído en desgracia, había sucedido Forey; y ahora partía también Forey engrandecido más bien en dignidad que en fama. Y con los jefes militares desaparecía el jefe político, el Sr. de Saligny, más cruelmente herido que ninguno de aquellos á quienes había acusado. El ejército vió partir al general sin gran sentimiento; juzgábase algo envejecido y poco apto para las fatigas de la guerra, y además

era hombre de maneras duras, y aunque excelente oficial, muy recto y muy íntegro, no había conquistado el prestigio que hace olvidar las rudezas. En cambio todo el mundo tenía puesto su pensamiento en Bazaine, y nunca general alguno inauguró su mando supremo despertando mayores esperanzas: delante de Puebla los soldados, descontentos de la lentitud de las operaciones, se habían complacido en poner de relieve sus talentos, su sangre fría y su valor, y el combate de San Lorenzo había hecho de él el favorito del ejército. Bazaine había observado estos síntomas y no había omitido nada para avivarlos; y así se le vió durante el sitio recorriendo las trincheras, conversando familiarmente con los oficiales inferiores, insinuando lo que debía haberse hecho y lo que no se hacía y conquistando de esta suerte una popularidad que había de elevarle al nivel de su jefe y muy pronto por encima de él. El nuevo general en jefe fué saludado con los testimonios de este favor; bien es verdad que tenía condiciones superficiales muy propias para causar ilusión, pues poseía una maña que podía tomarse como habilidad, una afición á la intriga que podía parecer espíritu político, y cierta vulgaridad de porte que podía estimarse como desdén de fausto ó como modestia. Sus amigos añadían que dominaba el idioma español, lo que había de hacerle muy apto, decían, para las negociaciones con los indígenas. Forey, en los intervalos de sus brusquedades, era algo solemne; Bazaine había de ser de trato afable; Forey mantenía celosamente, casi con exceso, todos los rigores de la antigua disciplina; Bazaine había de consentir que se relajaran un poco; Forey no se dejaba ver; Bazaine, por lo menos en los primeros tiempos, había de aparentar que vivía en medio de los soldados como hombre destinado á compartir sus peligros y á conducirlos á la victoria. Recuérdense aquellas páginas en que Salustio, describiendo la guerra de Yugurta, presenta al grave y severo Metelo suplantado por Mario, el popular, el activo, el bullicioso Mario, dispuesto á todas las intrigas y á todos los trabajos, y á los legionarios agolpándose en torno de su nuevo general, mientras su sucesor se embarcaba tristemente para Italia. Algo semejante se vió entonces en México, y en aquella ocasión hubiera podido aplicarse á Bazaine, á quien le estaba reservado un porvenir tan triste, el juicio que sobre Mario, á quien tantas victorias le estaban reservadas, emite Salustio: *Omnes spes et opes in illo site.*

LIBRO VIGÉSIMOCUARTO

LA POLÍTICA INTERIOR Y LAS ELECCIONES DE 1863

- SUMARIO: I (*Extracto del texto de La Gorce*).—De cómo la política interior del imperio se complica al mismo tiempo que la política exterior.—Las consecuencias del decreto de 24 de noviembre é incertidumbre sobre el estado de cosas creado por el decreto.—El imperio y los católicos en 1861: lucha tan pronto sorda como abierta: incidentes diversos; procesos; polémicas; vigilancia ejercida por los funcionarios.—Cómo se acercan los católicos á los adversarios del imperio; síntomas diversos que marcan esta evolución.—De cómo el imperio distribuye sus rigores entre los católicos y los hombres de los *antiguos partidos*.—Diversiones á que apela: inauguración del bulevar Malesherbes; crédito de 25 millones para caminos vecinales.—Continuación de la lucha religiosa; incidentes; estrecha vigilancia ministerial; nombramiento de maestros de escuela; el obispo de Poitiers.
- II.—La Sociedad de San Vicente de Paúl: sus orígenes; su desarrollo; su espíritu.—Primeros síntomas de la malevolencia gubernamental y de qué manera es conjurada esta mala voluntad.—El Sr. de Persigny; gestiones en favor de la Sociedad amenazada; cargos acumulados contra la asociación.—Circular ministerial de 16 de octubre de 1861 y análisis de este documento.—Católicos y francmasones.—Tristeza é irritación de los católicos: á qué se reducen los cargos del gobierno imperial.—Combinación que surge: dificultades de los católicos: de cómo éstos se deciden á rechazar toda organización oficial.
- III (*Extracto del texto de La Gorce*).—Dificultades que relegan al segundo término los disentimientos religiosos: principio de la crisis algodонера: apuros industriales: mala cosecha: brillo aparente y estrechez real.—Artículo de la *Revista de Ambos Mundos* y severidad administrativa de que es objeto.—Confesión del gobierno: consejo en las Tullerías: memoria de Fould; críticas en ella formuladas y remedios propuestos.—Fould ministro de Hacienda: impresión pública.—De cómo el emperador se apropia las miras de Fould.—Senadoconsulto de 31 de diciembre de 1861: carácter de la reforma; de cómo esta reforma misma está destinada á resultar estéril si no se modifican las tendencias generales de la política.
- IV (*Extracto del texto de La Gorce*).—Italia después de la muerte de Cavour: Ricasoli; sus impaciencias; sus despachos á Nigra.—De cómo la situación de la península justifica poco las ambiciones italianas.—Nombramiento del Sr. Benedetti para Turín y del Sr. de la Valette para Roma: proyecto de Ricasoli; de cómo es acogido en París.—Ministerio Rattazzi: proyecto francés sometido á la Curia romana y de cómo es rechazado.—Victor Manuel en Nápoles: Roma: canonización de los mártires japoneses.—Actitud de Francia.—Agitaciones revolucionarias en Italia: Garibaldi; cuestión de Aspromonte.—Despacho del general Durando.—De cómo Napoleón III, irritado y desalentado, se echa atrás: motivos y carácter de esta evolución.
- V (*Extracto del texto de La Gorce*).—Las elecciones próximas: 1857 y 1863; progreso de las ideas liberales en diez años. Los diferentes partidos.—El partido democrático; sus diversas fracciones: los abstencionistas ó radicales: los hombres de 1848: el grupo de los jóvenes.—El partido legitimista: cuál era, en vísperas de las elecciones, su principal apuro.—Los católicos: cómo y hasta qué punto estaban separados del imperio. El partido parlamentario ó liberal: en qué se confunde con el orleanismo: sus personalidades más salientes: su brillo y su impotencia: Prevost-Paradol.
- VI.—Quién es el hombre llamado á agrupar las fuerzas gubernamentales: el Sr. de Persigny: su carácter; sus tendencias: lo que se podía temer ó esperar de él.
- VII (*Extracto del texto de La Gorce*).—La lucha electoral: los demócratas y republicanos en París y en los departamentos; viaje de Garnier-Pagés: disentimientos y competencias: dificultades para la creación de un comité: lista de la oposición en el departamento del Sena.—Los legitimistas: la cuestión del juramento; candidatura de Berryer y de algunos amigos suyos.—Los católicos independientes; sus candidaturas; de cómo marchan hacia una oposición bastante acentuada; carta de los *Siete Obispos*.—Los liberales ó orleanistas: sus candidatos.
- VIII.—Circular del Sr. de Persigny (8 de mayo de 1863): en qué el lenguaje de Persigny difiere del de Morny: la candidatura oficial: fuerza que le proporcionan las leyes, el reparto de los distritos electorales y el concurso de los funcionarios públicos.—Algunos incidentes de la lucha electoral y algunos candidatos particularmente combatidos.
- IX (*Extracto del texto de La Gorce*).—Los resultados del escrutinio: triunfo de la oposición en París; su derrota en los departamentos: las enseñanzas de las elecciones: de cómo revelan una separación profunda entre el espíritu de las ciudades y el de los pueblos.—De cómo Persigny comenta las elecciones: su caída.—De cómo la nueva Cámara, aunque compuesta casi de los mismos elementos, no será la continuación de la antigua: Thiers: Berryer: de qué modo el gobierno procura asegurar su defensa ante el Cuerpo legislativo: decreto de 23 de junio de 1863; el ministro de Estado y sus colaboradores: Billault, ministro de Estado; su muerte.—Subida de Rouher al poder (18 de octubre de 1863).
- X.—Inauguración de la legislatura (5 de noviembre de 1863).—De cómo el espíritu de la nueva Cámara se revela en la discusión de las actas; incidentes diversos: los comisarios del gobierno: Thuillier.—Berryer; su intervención en materia financiera; Thiers: su discurso sobre las *libertades necesarias*.
- XI.—El año de 1864: discurso del emperador al cardenal de Bonnechose.—Complot contra la vida del emperador: Pasquale Greco y sus cómplices.—Diversas preocupaciones públicas: Renán y *La Vida de Jesús*.—Elecciones complementarias: Garnier-Pagés y Carnot elegidos; significación de esta elección.
- XII.—El decreto de 23 de junio de 1863 determina la elevación de Duruy al poder: carácter y tendencias de este hombre nuevo.—Su obra: la instrucción pública en sus diversos grados: procedimientos de Duruy; segunda enseñanza: enseñanza superior; instrucción primaria.—Informe sobre la instrucción primaria obligatoria; oposición que esta tesis promueve.—De cómo esta querrela es absorbida por otra mayor: Duruy y el clero: diversos incidentes de esta lucha.
- XIII (*Extracto del texto de La Gorce*).—*La ley de las coaliciones*.—Estado interior de la legislación: de cómo el antiguo estado de cosas se desacredita poco á poco.—El Sr. de Morny y Emilio Ollivier.—Presentación del proyecto de ley: el dictamen del señor Cornudet y cómo su resignada adhesión responde á los sentimientos del Cuerpo legislativo: miras diversas en la Comisión.—